

profanos y grafiteros

Fotografía: Rogelio Cuéllar

Dos momentos con  
Efraín Huerta\*

Carlos Bracho

### Una muralla de flores

Aquella era una típica tarde oscura de invierno. Los vehículos destruían el silencio que a esas horas nos era de vital importancia. Alejandro Aura había terminado, manguera en ristre, de regar los macetones de azaleas que adornaban la entrada de la pomposa galería Aura/Bracho.

En el reloj Haste de pulsera de Efraín Huerta estaba marcada la hora: cinco de la tarde. La hora mágica en tardes de toros. La hora del poema de Lorca. La hora que nos dábamos cita en el lugar para tomar un café, componer el mundo, arreglar entuertos y enderezar a las vírgenes sumisas. El de la voz cantante era Efraín, claro, él era el maestro, y nosotros los aprendices de brujo.

El trajín de autos, camiones y taxis que circulaban desenfrenadamente por la avenida Mariano Escobedo impedía con su ruido ciudadano obtener conclusiones relativas a nuestra condición de militantes del círculo de poetas-demopornócratas-liberales-unidos. Se analizaban aspectos poético/científicos del “Manifiesto Nalgaísta” de la autoría del Gran Cocodrilo andante, contemplábamos sus posibles repercusiones poético/político-sensuales económicas, y desde luego la esperada y beata pero fúrica reacción panista. Huerta propuso:

—Esta noche, ya muy noche, escúchenme bien, Alejandro, Bracho, sembraremos flores en toda la calle, así que mañana los choferes se verán impedidos de seguir su marcha y no podrá continuar el paso de sus ruidosas máquinas ya que encontrarán esta avenida cubierta de pensamientos, lirios y azucenas...

No había nada extraño en esa proposición anarco/florística de Efraín. Lo había dicho muy en serio, con un rictus de caballero antiguo que sellaba cualquier otra interpretación que se le pudiera dar a la orden emitida y que, por supuesto, congeló la risa pícaro que amenazaba salir de nuestras bocas.

### Un revólver calibre .22

Recuerdo aquel día. Huerta me había llamado por teléfono. Su voz no se escuchaba como otras veces. No quiso que la entrevista fuera en su casa. Me citó en un cruce de avenidas muy conocido.

—Vamos en tu coche, ¡rápido, no quiero que nos sigan! —me dijo, volteando a un lado y otro de la acera.

Llevaba un bulto misterioso bajo el brazo. Nos metimos entre las arboladas y solitarias avenidas de la colonia Polanco.

Huerta vivía en la calle de Lope de Vega. Yo, intrigado, me preguntaba cuál era la razón de esos pasos furtivos y el contenido del bulto aquél. Y no dejaba de atormentarme la idea de que este hombre poeta, este amigo estelar había formado parte del PC y las armas y las bombas molotov y los complots podían aparecer de repente.

—Aquí, párate aquí.

Detuve el auto y esperé con ansia el desenlace de aquella situación, por demás embarazosa.

—Mira.

Abrió el paquete y allí en el fondo resplandecía una hermosa pistola. Pienso que todas las armas de fuego son atrayentes, tienen un imán particular, ejercen una influencia determinada. Las pistolas, en todo caso, y dicho con franqueza apostólica, son para matar, ¿no? Era un revólver Smith & Wesson calibre .22.

—¿Y eso? —pregunté estupefacto— ¿A qué mal poeta vamos a eliminar, mi querido Efraín?

—No, Bracho, no es para tanto. ¡Te la vendo...!

Los colores volvieron a mi rostro. Solté una carcajada de alivio, que Efraín jamás entendió.

Desde entonces guardo entre sus obras *Absoluto amor* y *Tajín*, como un libro más de Huerta, ese revólver... El revólver calibre .22 adquirido en un paraje solitario de Polanco. ■■■

\* Tomados de *Cuentos cínicos* de Carlos Bracho